



Historia obrera: una lectura latinoamericana

RICARDO MELGAR BAO

Contra lo que comúnmente se piensa en estos tiempos de crisis del sindicalismo y de las izquierdas que acompañan a esta fase de globalización económica, política y cultural, la historia obrera muy venida a menos, es una tarea por hacer. Sus ámbitos de existencia rebasan las formas sindicales, pero también los signos ideológicos que caracterizan a tal o cual política o corriente obrera u obrerista, sea de izquierda o no. Abarcan también sus sistemas de creencias religiosas y sus formas culturales, atendiendo a sus particularismos nacionales o locales, así como los correspondientes a cada coyuntura, fase histórica o época, como nos lo han recordado respectivamente para Europa y América Latina, Edward Thompson (1963), Georges Haupt (1982) y Steve Stein (1986)¹. Sea este breve trabajo, una invitación a los latinoamericanistas a retornar tanto sobre la historia del movimiento obrero como sobre la historia de la clase obrera. Una y otra se aproximan, pero de fondo se diferencian. La primera recoge básicamente el proceso de resistencia y lucha, mientras que la segunda cubre los distintos aristas y contornos estructurales que moldean y condicionan

sus modos de vida, pero que también alimentan sus esperanzas y utopías.

Una historia necesaria

Una lectura sobre la clase obrera latinoamericana entendida como sujeto histórico, parte de la dificultad inherente a su propia constitución en un continente a su vez preñado de ambigüedades en la medida que la identidad cultural de esta macro-área aparece marcada por el dilema de que tradición o rasgo cultural había que privilegiar y/o excluir. Así la pregunta ¿Existe América Latina? es pertinente; revela antes que nada una realidad cultural problemática. Las propias vanguardias del movimiento obrero y popular en este continente discutieron arduamente en el curso de los años veinte y treinta de este siglo, acerca de la palabra que debe designarlo. Pan América, Latinoamérica, América Latina, Eurindia, Indolatina, Hispanoamérica, Iberoamérica, Nuestra América, se conformaron como otras tantas alternativas que llegaron incluso a marcar a los propios proyectos de sindicalización supranacional.

Fue así como aparecieron marcados por este diverso y contradictorio legado histórico-cultural: la **Confederación Obrera Pan Americana** (COPA) de Samuel Gompers y Luis N. Morones, promotora de lo que se ha denominado monroísmo obrero a partir de 1918 y durante toda la década de los veinte; la **Confederación Sindical Latino Americana** (CSLA) de Arnold Losovsky y de Leopoldo Sala entre los

RICARDO MELGAR BAO. *Coordinador del posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y profesor de la ENAH-INHA. Tiene varios libros publicados, entre ellos: El movimiento obrero latinoamericano, publicado por el CENCA y Alianza Editorial.*

años 1926 y 1938, la **Confederación de Trabajadores de América Latina** (CTAL) de Vicente Lombardo Toledano de los años cuarenta; o en su defecto se popularizaron las propuestas de Francisco Largo Caballero de forjar una Federación Obrera Hispanoamericana o Iberoamericana, entre los años de 1919 y 1920.

Estas nominaciones diversas se correspondieron a su vez con filiaciones sindicales competitivas o adversarias. Más que un desencuentro o malentendido obrero, esta elemental radiografía sindical está referida a las raíces ideológicas y culturales que sirvieron de fundamento a un movimiento obrero segmentado y enfrentado internamente.

Si bien podemos aceptar que la lógica del movimiento obrero en lo general ha venido contruyendo su identidad de clase frente a las distintas categorías sociales del capital, también es cierto que esta se ha forjado entre disidencias y facciones. Las ideologías de la unidad de la clase obrera, han servido las más de las veces de coartada, para reforzar rasgos autoritarios y hegemonías orgánicas precarias en su seno.

Más allá de este complejo escenario continental nuestro sujeto histórico debe seguir siendo interpelado en su propia contradictoriedad. ¿A partir de qué periodo histórico podemos registrar la existencia ya no del movimiento obrero sino incluso de la clase obrera? Las mediaciones sociales y económicas propias del desarrollo del capitalismo dependiente de los países de esta macro región, complicaron más aún los rostros de la clase obrera y las formas que han revestido sus movimientos reivindicativos o revolucionarios.

El movimiento obrero latinoamericano ha sido historiado a partir de su expresión sindical, siguiendo una tradicional perspectiva historiográfica. Empero, a nivel nacional las investigaciones históricas, e incluso sociológicas y antropológicas, se centraron excesivamente en el análisis de los procesos y sistemas de acción sindical, acaso porque esta forma de organización contemporánea de fuerte arraigo en la clase obrera, sostuvo en términos crecientes su visibilidad social hasta la década de los setenta. La denominada década perdida, la de los ochenta, indica una fuerte

declinación del paradigma sindical entre las nuevas generaciones obreras, así como una agresiva ofensiva neoliberal que han abatido en todos los países del continente las tasas de sindicalización, hasta alcanzar en algunos casos, una disminución del 50 por ciento. La historia del movimiento obrero vista como un proceso de larga duración, obliga a relativizar el peso de la organización y acción sindical. Las formas espontáneas de resistencia obrera, aunadas a las atípicas formas de organización vecinal o fabril, amplían los horizontes de la investigación histórica del movimiento obrero.

La más reciente producción historiográfica continental acerca de la clase obrera, viene paulatinamente remontando los límites economicistas con que han sido analizados y correlacionados los procesos de proletarianización-pauperización con las formas de protesta obrera, así como con los estrechos ámbitos del sindicalismo y vanguardismo proletarios que durante media centuria monopolizaron en este campo las investigaciones en ciencias sociales. La auscultación de otros planos de la existencia de esta clase subalterna, todavía reviste en América Latina el carácter de los monografismos locales y de las temáticas segmentadas, pero que en perspectiva condicionarán nuevos abordamientos del movimiento obrero latinoamericano. Así parecen garantizarlo a futuro en la medida en que se generalicen las exploraciones sobre tópicos tales como: conciencia de clase y universo simbólico; cotidianeidad y protesta obrera; patrones de obediencia y rebelión y sistemas de control obrero; tradición y rupturas intergeneracionales; perfiles generacionales y liderazgos; faccionalismos étnicos y control sindical o barrial; resistencia laboral y sistemas de productividad; religiosidad y clase obrera; huelgas inquilinarias; motines, asonadas y comités de acción frente a los ciclos de carestía y escasez de medios de vida; sexismo y feminismo en las organizaciones y luchas obreras; trabajo nocturno y resistencia invisible, etcétera.

En esta perspectiva merecen destacarse los avances logrados por Robert Paris en la coordinación de un colectivo de investigación que viene haciendo un gran inventario biográfico de los cuadros intermedios del movimiento obrero latinoamericano, lejos de toda versión hagiográfica o faccional². La consulta de su diccionario de



biografías obreras de América Latina, abrirá nuevos cauces a esta vertiente de la historiografía contemporánea que hoy nos ocupa y que todavía se halla entrampada en las grandes generalizaciones conductuales de la clase obrera o en la exaltación o execración de los líderes sindicales nacionales y que niegan la existencia y papel de esos anónimos y oscuros hombres de acción en el seno del propio movimiento obrero.

Vista en su conjunto la historiografía del sindicalismo obrero latinoamericano tiene a la fecha un saldo deficitario. Son contados y parciales los esfuerzos realizados: Poblete (1946); Arcos (1967); Alba (1967); Rama (1967); Goldemberg (1967); Alexander (1967); IASDL (1968); Rubio Cordón (1971-1977); Godio (1980-1985); González Casanova (1984-1985); Zapata (1988); Melgar (1988)³.

En la mayoría de los ensayos y monografías (Poblete, Arcos, Alba, Alexander e IASDL) se constata una nítida intencionalidad política que se traduce en historias faccionales. Estas operan en función de las exigencias pedagógicas propias de las escuelas sindicales y de carácter propagandístico de

las corrientes y centrales a las que adhieren sus autores: sindicalismo comunista (CPUSTAL-FSM) en las obras de Poblete; sindicalismo cristiano (CLASC-CMT) en el caso de Arcos y sindicalismo libre (CLASC-CMT) en las versiones de Alba, Alexander y la del IASDL.

En los casos de Touraine, Rama, Godio y Zapata, hay un esfuerzo de tenor sociológico de reconstrucción del movimiento obrero contemporáneo, pero muy condicionado por las peculiaridades del obrerismo subregional de la Cuenca del Plata. Godio ensancha su visión con sus investigaciones sobre el movimiento obrero venezolano, mientras que Zapata hace lo propio a través del análisis del movimiento obrero mexicano. La versión de Melgar intenta ubicarse entre la Antropología y la Historia, al reconstituir la historia obrera, particularmente de sus faccionalismos étnicos y nacionales vía el análisis de casos en diversas subregiones y la presentación de cuadros comparativos. Estos últimos aparecen marcados por puntuales hegemonías ideológicas en los campos sindicales y políticos (socialismo cristiano, anarquismo, marxismo, populismo, etcétera).

En general consideramos compatibles y aportadores los siguientes criterios de análisis estructural y coyuntural propuestos por estos autores, sin que ello obvie la discusión de sus matrices teóricas: el componente etnoclasista del proletariado mixto (Rama), el condicionamiento de la forma popular que reviste el movimiento obrero en las fases de ascenso y despliegue de fuerzas (Touraine), la inserción ideológico-política en el contexto clase obrera-nación (Godio); la diferenciación entre la cuestión laboral-sindical y la participación política de los obreros en los sistemas políticos a los que están adscritos (Zapata). Sin embargo, ni Rama ni Godio, los dos autores que apelan a la dimensión étnico-cultural de cada país y del continente, logran sostener en sus respectivos análisis sus propios requerimientos.

En lo que respecta al proyecto de Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, coordinado por Pablo González Casanova, podemos señalar que si bien recurre por primera vez a concentrar monografías de veintiún países del continente, se resiente por la ausencia de un enfoque comparativo y de criterios afines de análisis y periodización

histórica, así como por la desigual exigencia en el manejo de fuentes y sus acentuados contrastes teórico-explicativos. Fuera de estos señalamientos críticos debemos decir que es el primer esfuerzo colectivo historiográfico que logra presentar una visión realmente continental del movimiento obrero.

En el balance aparece nítida la necesidad de continuar en el plano historiográfico con la elaboración y desarrollo de nuevos estudios de corte comparativo a nivel continental, que revelen en su continuidad, cambio y diversidad los elementos propios de la identidad obrera en América Latina.

Propuesta historiográfica

La historiografía del movimiento obrero latinoamericano está delimitada, en primer lugar, por dos presupuestos teóricamente discutibles. Por un lado, ver la historia de su desarrollo a través del prisma de la *modernidad* que en el plano económico se plasma en el uso de un conjunto de variables indicativas que refuerzan empíricamente la idea de un continuum industrial progresivo. Por el otro lado, la *modernidad* a nivel político se expresa en el ascenso progresivo de la clase obrera y de la sociedad según sean las formas y grados de participación política. El tránsito lineal e irreversible de lo *pre-político* a lo *político* o la cristalización de una serie continua de lo tradicional-autocrático-democrático signan las opciones de esta historiografía obrera paradigmática⁴.

La *modernidad* si bien tiene un indiscutible sello capitalista y burgués occidental en América Latina, así como un curso tendencialmente ascensional, presenta formas complejas y contradictorias en su desarrollo económico, político y cultural. Así vemos por ejemplo en la región una cierta convergencia entre economía artesanal e industrial hasta mediados del siglo XIX, y derivado de ella en el plano social, una cierta confluencia de intereses y acciones por parte de artesanos y obreros contra la gran burguesía comercial.

Ha sido contradictorio el desarrollo de la economía de enclave agrominero en América Latina, en donde se estructuraron las primeras grandes formaciones sindicales del proletariado mixto de composición pluriétnica. Pero más discordante y crítico ha sido el

reciente proceso de contracción del parque industrial que impulsaron los regímenes militares y civiles en la casi totalidad de los países del continente, al amparo de la política neoliberal ligada al Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Dichas experiencias cuestionan de manera consistente y global el paradigma de la *modernidad* de la historiografía del movimiento obrero latinoamericano. El proletariado mixto es entendido como el conjunto de trabajadores asalariados que desempeñan actividades económicas complementarias o estacionales (artesanales, pequeño comercio, agricultura, gambusinaje, pesca, etc.) Familiares son los casos de los pueblos fantasmas que a la larga prohió el sistema de enclave y monoproducción en el marco de los países dependientes.

La lectura crítica de la *modernidad* supone avanzar en la aproximación y recuperación del código etnocultural de lo político y sindical, en una América Latina que presenta un abigarrado mosaico etnoclasista del que emerge y se reproduce el proletariado mixto. Este se presenta como el principal componente de esta clase obrera de perfil



complejo y a veces impreciso que la historiografía obrera reivindica implícitamente como el principal eslabón de su objeto de estudio. La racionalidad occidental que enmarca el proceso de trabajo moderno, así como la vida sindical y política, aparece filtrada y subvertida por los códigos culturales de sus segmentos étnicos. Las nociones estigmatizantes usadas por los agentes del capital o por las élites político-sindicales de: indisciplina, locura, ignorancia, superstición y heterodoxia, opacan las lecturas críticas del capitalismo y su orden social, desde otro mirador

etnocultural, desde una racionalidad no occidental.

Nos recordaba hace unos días Barry Carr, los afanes frustrados de los cuadros comunistas cubanos para penetrar en un sindicato de estibadores negros, filtrado por la hermandad invisible de la secta Abacúá. Podríamos agregar móviles culturales que explican cierta deserción laboral como modalidad de resistencia, dados los estragos ambientales que hacían las fundiciones minero-metalúrgicas y las empresas petroleras en sus regiones de origen en países como Perú (La Oroya) y México (Coatzacoalcos-Minatitlán) en los umbrales del siglo XX. O las respuestas de corte religioso y mesiánico a la prédica socialista de los años veinte en las zonas bananeras de la región Magdalena en Colombia.

La recolonización del imaginario obrero y popular que suscita la modernidad urbano-industrial y el sistema agro-minero exportador moderno, afecta las formas de pensar y ritualizar el tiempo en la cotidianidad, de manera análoga a como las ideologías obreristas occidentales intentaron capitalizar las carencias y demandas de la clase obrera como soportes de su propia movilización y base clientelar. En los hechos, estas ideologías obreristas han coexistido con un flujo de creencias míticas y utópicas que aluden de forma recurrente y antinómica a la tradición y al futuro.⁵



La historiografía obrera y más específicamente del movimiento obrero no pueden obviar el análisis del desarrollo de la cultura subalterna. Un abordamiento de la misma debe privilegiar las diversas y no siempre convergentes corrientes ideológicas a nivel continental, sin descuidar las tendencias de sus otras expresiones artísticas y culturales.

La cultura obrera evidencia en su continuidad y diferencia la densidad histórica de una memoria y tradición de clase contradictoria y dispersa. Esta puede servir para reforzar los cánones de obediencia inducidos de los sistemas de control patronal y estatal, así como para dinamizar y ensanchar las bases de la rebelión contra la injusticia, como bien lo han puntualizado Antonio Gramsci y Barrington Moore.⁶ La prensa obrera ha dejado constancia más que del hilo discursivo de las vanguardias, de las formas institucionales y festivas, de los valores, símbolos, creencias y estilos de vida de los anónimos protagonistas del movimiento obrero y de la clase obrera en su conjunto.

El movimiento obrero latinoamericano no puede dejar de traducir los particularismos etnoclasistas de sus ámbitos subregionales. El peso de la inmigración europea (Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, Cuba y Puerto Rico) y afroasiática (países del Caribe y

Perú), así como los contingentes indomestizos (áreas andina y mesoamericana), han marcado profundamente el proceso constitutivo de la clase obrera en el horizonte de sus tradiciones político-culturales. En la coyuntura actual, la migración de empresarios orientales a países como Argentina, Perú y Brasil complican culturalmente la dinámica de interacción obrero-patronal. En general, los representantes del capital extranjero y las propias burguesías nativas revelan de país a país, los pesos diferenciales de la migración y colonización europea y asiática. Los procesos de recomposición etnocultural de sus cuerpos empresariales afectan ineludiblemente a su contraparte obrera. Las líneas de la discriminación de clase evidencian claves que emergen del legado colonial de las burguesías nativas, pero también de los propios prejuicios racistas de los descendientes de inmigrantes extracontinentales.

Hasta la segunda posguerra el contingente principal del movimiento obrero tuvo la clara fisonomía de un proletariado mixto. La diversidad de regímenes de trabajo, la condición de trabajo estacional en minas y plantaciones así como la conservación y desarrollo de diversos vínculos entre los trabajadores migrantes y sus pueblos de origen, fueron los soportes de la reproducción y permanencia de este agregado laboral. Adscrito a los sectores agromineros exportadores, este sujeto social ha seguido una dinámica diferencial y a veces contradictoria a la que correspondió al sector típicamente urbano fabril. No tenemos por qué considerar en América Latina que el capital haya tramontado la fase de subordinación formal de la fuerza de trabajo a la real, para empezar a hablar de clase obrera y movimiento obrero.

La subalternidad de la clase obrera en América Latina parte del reconocimiento de que esta clase está adscrita a un régimen de opresión política, discriminación etnoclasista y explotación económica que emana del desarrollo capitalista dependiente de la macro-región. Historiar el carácter de las clases subalternas en esta fase transicional, reproduce el tenor más general de su comportamiento universal. Sus "movimientos estuvieron casi invariablemente destinados al fracaso; su historia al menos hasta que el movimiento socialista entró a formar parte de ella —es una historia de derrotas casi inevitables o también, incapaz de victoria."⁷

La subalternidad de la clase obrera hay que entenderla no como sumisión pasiva frente a la burguesía hegemónica, sino como la resultante ideológico-política de la condición marginal y enajenada de su existencia social, de su pensamiento y acción disgregados y contradictorios. La problemática de la subalternidad de la clase obrera se complejiza por el perfil heterogéneo de su composición social, que le confiere sus diversos rostros durante los periodos de germinación, formación y desarrollo.

En general podemos decir que los problemas de la identidad de la clase obrera como clase subalterna y los relativos a su desarrollo concienical tienen que ver con la propia diversidad de sus modos de vida. Estos últimos, a su vez, están marcados tanto por la capacidad y experiencias de lucha de la clase obrera y sus tradiciones etnoculturales, como por las exigencias, condiciones y dificultades de un diferenciado y disperso mercado ocupacional. Los periodos de activo reciclaje de la fuerza de trabajo (tercer cuarto del siglo XIX, la crisis de 1929-1933 y la última década que nos ha tocado vivir), obligan a redefinir los contornos de expresión de la cultura obrera en el campo más vasto de la cultura popular. Por otro lado, el actual reconocimiento de las redes existentes entre las denominadas economía formal e informal, han descuidado el análisis de los obreros que ven extendidos los campos del reciclaje de su propia fuerza de trabajo, al mismo tiempo que disminuidas las estrategias sindicales para enfrentar el desempleo y el subempleo.

La sustitución de importaciones, la inversión de capitales metropolitanos (norteamericanos, europeos y japoneses) en nuevos renglones de la producción industrial y el crecimiento irracional de las ciudades latinoamericanas, fue acompañado de un proceso de recomposición social del proletariado y de nuevas perspectivas y modalidades de acción que trascendieron la acción de los sindicatos y partidos obreros. La política empresarial en el frente laboral y las nuevas orientaciones del Estado pos-oligárquico condicionaron la elaboración de nuevas alternativas de supervivencia y resistencia obrera.

Las dificultades de estudiar el movimiento obrero latinoamericano son múltiples, desde la dispersión y ocultamiento de fuentes ya no digamos a nivel continental sino incluso nacional y local. A ello se

suma la heterodoxia subyacente a las diversas corrientes ideológicas dominantes en el curso de su propia historia, que nos induce a tomar cierta distancia frente a los paradigmas europeos a partir de los cuales se ha construido la historiografía obrera. Así los hechos, la *traducción latinoamericana* del utopismo saintsimoniano, el anarquismo, el socialismo o el marxismo, revelan más la propia tipicidad de su pensamiento y acción, que los ecos y resonancias de la ortodoxia ideológica y orgánica.

La ficción racionalista en torno al eclecticismo nativo ha impedido reconocer en la investigación histórica la calidad innovadora y afirmativa de lo que bien podríamos llamar nuestros sincretismos ideopolíticos latinoamericanos. Tarea difícil la nuestra, de buscar y precisar los nexos que articulan lo ecuménico de pensamiento y praxis de esta clase obrera con los rasgos propios de su identidad nacional y continental.

La toma de conciencia de esta dualidad convergente de la praxis del movimiento obrero continental, se ve opacada, tanto por la tradición historiográfica eurocéntrica, como por la ideologización formal con que sus líderes intentan legitimar sus adhesiones político-orgánicas en sus memorias, testimonios, historias y artículos periodísticos o manifiestos. Por



ello, nuestra búsqueda y esfuerzos interpretativos resultarán necesariamente polémicos. Y esto es positivo, toda vez que la historiografía obrera latinoamericana, todavía acusa un fuerte déficit en el debate. Pero ¿cómo retomar el debate sin reactivar la historiografía obrera bajo nuevos términos? Sin lugar a dudas nos toca reandar por viejos senderos historiográficos, proponiendo nuevas lecturas •

Notas bibliográficas

¹ Véase: E. P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, Laia, 1977; Georges Haupt, "La historia del movimiento obrero, ¿para qué?", en *Boletín de investigación del movimiento obrero*, años II, núm. 4, Puebla, UAP, agosto de 1982; Steve Stein, *Lima obrera, 1900-1930*, Lima, El Virrey, 1986.

² Robert, Paris, "Biografías y perfil del movimiento obrero", en *Reflexiones en torno a un diccionario del Movimiento Obrero Latinoamericano*, Caracas, 1980, mecanografiado, traducción de Héctor Milla.

³ Véase: Moisés Poblete Troncoso, *El movimiento obrero latinoamericano* (1946), México, D. F., Universidad Obrera Vicente Lombardo Toledano, 1976; Juan Arcos, *El movimiento sindical en América Latina*, Madrid, ZYX, 1964; Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, México, D. F., Diana, 1967; Robert Alexander, *El movimiento obrero en América Latina*, México, D. F., Roble, 1967; IASDL, *El movimiento obrero en las américas*, México, D. F., Educación sindical, 1968; Boris Goldemberg, *Los sindicatos en América Latina*, Hannover, Estudios del ILIS, 1967; José Luis Rubio Cordón, *Las internacionales obreras en América*, Madrid 1971, edición del autor; Julio Godio, *Historia del movimiento*

obrero latinoamericano, México, D. F., Nueva Imagen, 1980; Pablo González Casanova, *El movimiento obrero latinoamericano*, México, D. F., IIS/UNAM-Siglo XXI (4 vols.), 1984-1985; Francisco Zapata, *Trabajadores y sindicatos en América Latina*, México, D. F., SEP/Foro 2 000, 1988; Ricardo Melgar, *El movimiento obrero latinoamericano*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

⁴ Ioan Davies, Shakuntala de Miranda, "La clase obrera en América Latina: problemas teóricos", La Habana, *Pensamiento Crítico*, mayo de 1968, núm. 16, pp. 6-27.

⁵ Una lectura sugerente y aportadora es la propuesta por Anibal Quijano en su ensayo "Colonialidad y Modernidad-Racionalidad", en *Los conquistados, 1492, y la población indígena de las américas*, Heraclio Bonilla (comp.), Bogotá, Tercer Mundo Editores-FLACSO/sede Ecuador-Libri Mundi, 1992, pp. 437-447.

⁶ Véase: L. M. Lombardi Satriani, *Antropología cultural. Análisis de la cultura subalterna*, Buenos Aires, Galerna, 1975; Barrington Moore, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, D. F., IIS/UNAM, 1989.

⁷ Eric Hobsbawm, *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Madrid, Seix Barral, 1983, p. 52.